Â¿Para quÃ© sirve el psicoanÃ¡lisis?

Poco antes de morir, Sigmund Freud fue entrevistado por la BBC [1]. A mi juicio, una entrevista preciosa, que ademÃ¡s de que deberÃamos releer de tanto en tanto, para la actividad de hoy viene como anillo al dedo.

AllÃ, Freud nos dice que â€œel psicoanÃ¡lisis simplifica la vida. Adquirimos una nueva sÃntesis despuÃ©s del anÃ¡lisis. El psicoanÃ¡lisis reorganiza el laberinto de impulsos extraviados y trata de volver a enrollarlos al carrete al que pertenecen. O, para cambiar la metÃ¡fora, provee el hilo que conduce a un hombre fuera del laberinto de su propio inconsciente.â€•

Y agrega: â€œel psicoanÃ¡lisis nunca le cierra la puerta a una nueva verdad (â€¦) La vida cambia y el psicoanÃ¡lisis tambiÃ©n cambia, estamos sÃ³lo en los comienzos de una nueva ciencia.â€•. â€œSin embargo, le repito, estamos solo al comienzo. Yo soy Ãºnicamente un iniciador. Tuve Ã©xito en sacar a la superficie monumentos enterrados en el sustrato de la mente. Pero donde yo he descubierto unos pocos templos, otros pueden descubrir un continente.â€•

Como vemos, muchas cosas para decir y mucho para pensar.

Por un lado, el psicoanÃ¡lisis simplifica la vida. Estoy totalmente de acuerdo. Esto no quiere decir que la vida sea simple. Esto quiere decir que el psicoanÃ¡lisis la simplifica. PodrÃa arriesgar: simplifica la vida neurÃ³tica. Es esa la vida que es difÃcil. La neurÃ³tica. Nos la embrolla, nos angustia, nos atormenta.

Por el otro, la apuesta al porvenir: â€œyo soy Ãºnicamente un iniciador (â€¦) donde yo he descubierto unos pocos templos, otros pueden descubrir un continenteâ€•. Sin entrar en la megalomanÃa, sigamos su consejo y al menos empecemos a explorar algÃºn que otro templo a ser descubierto. Porque como Ã©l mismo dice, el psicoanÃ¡lisis cambia. La vida tambiÃ©n.

Hace muchos aÃ±os Sigmund Freud daba un paso en soledad, pero no sin otros. Durante aÃ±os padeciÃ³ un aislamiento intelectual a causa de su osadÃa, pero esto a la vez le dio ventajas: podÃa dedicarse a estudiar e investigar lo que le placÃa, sin dar cuenta a nadie de sus elucubraciones. DescubriÃ³ la etiologÃa sexual de la neurosis, la sexualidad infantil y se dejÃ³ enseÃ±ar por esas mujeres sufrientes que comenzaron a frecuentarlo. Y es con una de ellas, Emy Von N., con la que pondrÃ¡ a punto su invento: el psicoanÃ¡lisis.

Con Lacan la cosa fue distinta. Fue Ã©l quien propiciÃ³ el retorno a Freud ahÃ donde Ã©l mismo ubicÃ³ que se habÃa perdido la brÃºjula. Ese fue su retorno a Freud. Y es lo que lo llevÃ³ a decir â€œsean ustedes lacanianos, yo soy freudianoâ€•.

Con un discurso subversivo (como lo fue el freudiano tambiÃ©n) en relaciÃ³n a un saber filosÃ³fico, psiquiÃ¡trico y psicolÃ³gico. Â¿A quÃ© Freud retorna Lacan? El psicoanÃ¡lisis post freudiano se habÃa convertido poco a poco en una buena tÃ©cnica de adaptaciÃ³n del individuo enfermo a la verdad del analista sano. Es decir, un yo enfermo que ignora y sufre y un yo sano que cura y sabe.

Nada de esto es lo que entendemos por psicoanÃ¡lisis.

HabrÃ¡n escuchado mil veces decir â€œla cura viene por aÃ±adiduraâ€• â€œEl psicoanÃ¡lisis es una terapÃ©utica que no es como las demÃ¡sâ€• â€¦ Â¿QuÃ© quiere decir esto?

En principio, no nos orientamos por el deseo de curar. Esto es fÃ¡cil de decir, pero no tan fÃ¡cil de sostener. Ni en la prÃ¡ctica ni en el discurso social. Si no cura, Â¿para quÃ© sirve entonces? Freud indicaba que habÃa que ocuparse de psicoanalizar, que la cura iba a llegar por aÃ±adidura. Es decir, no es un fin en sÃ mismo. Pero, por aÃ±adidura, llega.

Para Lacan, es una terapÃ©utica, que no es como las demÃ¡s, pero es una terapÃ©utica al fin. Es decir, que los efectos terapÃ©uticos forman parte de un psicoanÃ¡lisis. No hay que desdeÃ±arlos en absoluto.

Un psicoanalista interpreta. Pero para poder hacerlo, tiene que escuchar. Es decir, hacer un lugar al deseo de ese tal o cual en las curas que dirige.

El Otro al que se dirige un sujeto que sufre (en principio, para poder empezar a analizarse, hay que sufrir de algo. O sufrir, sin que se sepa exactamente de quÃ©) ese Otro no es mÃ¡s que el medio por el cual el sujeto se escucha. Esto es lo crucial. Que el sujeto, ademÃ¡s de ser escuchado, se escucha. Y escuchar lo que uno dice, mÃ¡s allÃ¡ de lo que querÃa decir, no es sin consecuencias. Si no las tiene, no es mÃ¡s que retÃ³rica.

Es por eso que Jacques-Alain Miller va a decir en una ocasiÃ³n que el TÃº lo dices es el enunciado mayor de la interpretaciÃ³n. Inclusive habla del seÃ±or *Tulodices*. Y que eso da al sujeto la ocasiÃ³n de escuchar sus propios fonemas o tomar distancia de lo que dijo, abriendo en la palabra un espacio nuevo del sonido y del sentido.

De antemano, podemos decir que un psicoanÃ¡lisis servirÃa para todos. En parte es verdad, se puede ofrecer a todos. Ricos y pobres, cultos e incultos, psicÃ³ticos y neurÃ³ticos, aburridos y divertidos, obsesivos re obsesivos, histÃ©ricos sÃºper histÃ©ricos, fÃ³bicos recontrafÃ³bicosâ€¦ Que se ofrezca no quiere decir que a veces no haya sujetos con sÃntomas que son refractarios al tratamiento psicoanalÃtico.

Pero eso es imposible saberlo de antemano. No nos manejamos con ningÃºn criterio a priori para decir que no al encuentro con un psicoanalista. Si serÃ¡ eficaz o no, lo sabremos despuÃ©s, una vez transitada la experiencia.

Me voy a servir de una frase de Miller que me encanta: el objeto psicoanalista (vean que no dice persona) es asombrosamente versÃ¡til, disponible, multifuncional, si puedo decir.

Frase maravillosa que da cuenta de que si el psicoanalista â€œsabe ser objeto, no querer nada a priori por el bien del otro, no tener prejuicios en cuanto al buen uso que se puede hacer de Ã©l, ve el registro de las contraindicaciones (a un tratamiento psicoanalÃtico) reducirse asombrosamente, hasta el punto de que la contraindicaciÃ³n se decide, entonces, caso por casoâ€•[2]

Cuando un sujeto llega al consultorio de un analista (donde quiera que Ã©ste estÃ© situado), traslada al otro â€œlo que tiene en la cabeza, lo que se decÃa a sÃ mismoâ€•[3]. No porque no haya muchas cosas que uno dice a otros antes de acudir a un analista sino tambiÃ©n estÃ¡ lo que no se le dijo nunca a ninguna otra persona. Inclusive a uno mismo. Pero eso no sucede espontÃ¡neamente. Hay que hacer un forzamiento.

Ese forzamiento produce lo que llamamos una formalizaciÃ³n. Es decir, tiene lugar una â€œtransformaciÃ³n radical, puesto que se pasa de una ausencia de forma a una forma(â€¦)En el curso de las primeras sesiones, la masa mental de lo amorfo se distribuye en elementos de discurso. El solo hecho de que ustedes inviten a quien tienen enfrente a hablar hace que su amorfo mental adopte la estructura de lenguaje. Y cuando eso no se produce, es muy inquietante. A veces ocurre, por el contrario, en una forma apresurada, vacilante, como si esta masa no hiciera sino esperar esta ocasiÃ³n de dividirse, repartirse y comunicarse. El dibujo que surge entonces estÃ¡ condicionado, al menos en parte, por la direcciÃ³n, por el destinatarioâ€•[4]

Evidentemente, se trata de hacer algo con esa masa mental donde se sitÃºa lo amorfo pero que incluye en ella una morfologÃa que habrÃ¡ que extraer o, mejor dicho, producir.

Â¿Y de quÃ© estÃ¡ hecha esta masa mental? Lacan mismo nos da una pista cuando se interroga en *El Seminario 1* [5] sobre la naturaleza de la transferencia.

Y nos cuenta una historia que a su vez relatÃ³ Balint. Se trata de un seÃ±or que fue a consultarlo, a punto de analizarse, pero no se decide a hacerlo. Vemos cÃ³mo ya Lacan nos prepara la atmÃ³sfera de obstÃ¡culo en este estar â€œa punto peroâ€¦â€•. Es decir, al estar a punto hay que ayudarlo para dar ese paso y sortear el â€œperoâ€•.

El seÃ±or en cuestiÃ³n, antes de verlo a Balint, visitÃ³ a varios analistas y cuando llega a Balint le cuenta lo mismo que venÃa contÃ¡ndoles a los analistas anteriores: una historia muy rica, muy complicada, con muchos detalles de sufrimiento. El hombre se va, vuelve a la segunda cita, y otra vez con la misma cantinela. Y Lacan subraya una intervenciÃ³n crucial de Balint (a quien critica teÃ³ricamente pero eso no impide llamarlo un prÃ¡ctico excelente y rescatar esa intervenciÃ³n que le permite sortear la llamada contratransferencia. Recordemos que es en este seminario donde Lacan ubica la contratransferencia como la imbecilidad del analista, lo que merecerÃa todo un trabajo aparte).

La intervenciÃ³n crucial de Balint que Lacan destaca es â€œEs curioso, usted me cuenta muchas cosas muy interesantes, pero debo decirle que no comprendo nada de su historiaâ€•.

Y aquÃ sucede lo mejor. El seÃ±or consultante se relaja, sonrÃe y le dice: â€œUsted es el primer hombre sincero que encuentro; ya contÃ© todas estas cosas a varios colegas suyos, quienes vieron en ellas enseguida el indicio de una estructura interesante, refinada. Le contÃ© todo esto como un

test, para ver si usted era, como los otros, un charlatÃ¡n y un mentirosoâ€•. IncreÃble. MÃ¡s allÃ¡ de las caracterÃsticas de este buen seÃ±or, algo allÃ quedÃ³ al descubierto. Y este buen seÃ±or, lejos de enojarse, consiente a este â€œtouchÃ©â€• que buscaba desde el comienzo.

Entiendo aquÃ el peso de lo amorfo de la masa mental con que cada quien se presenta. No sÃ³lo el seÃ±or que fue a verlo a Balint. Ni la encantadora paciente de la que Lacan va a hablar inmediatamente en este seminario, que habla y habla y habla para no decir nada, reafirmando que en todo encantamiento estÃ¡ el *miento* que habrÃ¡ que despejar. Y es el analista (nuevamente Balint) quien pone el dedo en la llaga y produce el giro decisivo al seÃ±alarle algo que la paciente no querÃa decir y que venÃa tapando contando cualquier cosa. Giro decisivo que Lacan situarÃ¡ en tanto y en cuanto esta muchacha consigue finalmente comprometerse en el anÃ¡lisis.

Entonces,el peso de lo amorfo de la masa mental estÃ¡ presente en cada quien que se presenta, lo que por supuesto nos incluye como analizantes. No estamos exentos de ello, ya que en el divÃ¡n todos somos analizantes. Y no poder hacer de eso amorfo una morfologÃa, se vuelve un obstÃ¡culo crucial en las curas que dirigimos.

Si tomamos alguna definiciÃ³n por fuera de nuestro campo, vemos que lo amorfo por ejemplo es un sÃ³lido cuyas molÃ©culas no estÃ¡n dispuestas en una red cristalina, sino en una distribuciÃ³n cualquiera, sin seguir ninguna estructura. Y por ejemplo en la mayorÃa de las sustancias amorfas, formadas por macromolÃ©culas que ya presentan una alta viscosidad en la masa fundida, al enfriarse se vuelven tan inmÃ³viles que ya no pueden obedecer a ningÃºn ordenamiento.

Si me permiten jugar con esta definiciÃ³n, llegamos al punto en donde, para evitar que lo amorfo â€“en nuestro caso mental- se enfrÃe y rigidice, tenemos que hacer algÃºn forzamiento precisamente para introducir un ordenamiento ahÃ donde todo estÃ¡, en principio, inmÃ³vil. Forzamiento del lado del analista y tambiÃ©n forzamiento del lado del analizante.

He aquÃ la cuestiÃ³n. Distribuir lo amorfo en elementos de discurso. Precisamente para lograr que este amorfo mental â€œadopte la estructura de lenguajeâ€•. Bello modo milleriano de retomar allÃ lo que Lacan va a matematizar como histerizaciÃ³n del discurso. Es decir, para poder volver una forma lo amorfo, para poder formalizar en un discurso eso que permite que lo amorfo ceda lugar â€œa la articulaciÃ³n de elementos individualizados que de este modo revelan ser trazablesâ€•, es que le toca al analista no comprender. No quedar atrapado, Ã©l mismo, en las redes del sentido que nos enredan en un *blablabla* sin mayores consecuencias que dejar todo como estÃ¡. Perdidos nosotros mismos en esa maraÃ±a amorfa, dejando el goce intacto, condensado.

Y entiendo es en este punto en que Miller va a situar precisamente que el inconsciente responde al efecto de extimidad que engendra la formalizaciÃ³n de lo amorfo: *estaba en mÃ y sin embargo me era desconocido.* Es decir, estaba. Solo habÃa que ponerlo sobre la mesa. Y creo que aquÃ pueden presentarse â€“y de hecho se presentan- muchas veces los obstÃ¡culos, mÃ¡s en esta Ã©poca. CÃ³mo hacer que esa masa amorfa adopte la estructura del lenguaje, ahÃ donde el sujeto resiste a implicarse con su propio decir. He ahÃ nuestro mayor desafÃo.

Laurent Dupont, nos lo dice de un hermoso modo: â€œ si uno no experimenta el inconsciente por sÃ mismo, no estÃ¡ en anÃ¡lisis. Para estar en anÃ¡lisis, hay que haber experimentado el inconsciente. Â¿QuÃ© es la experiencia del inconsciente? Es la experiencia del enigma que se es para sÃ mismoâ€• [6]. En eso estamos.

(*) Fragmento de la presentaciÃ³n realizada en BahÃa Blanca, el dÃa 2 de septiembre, en la UNISAL y el Instituto Superior Juan 23, BahÃa Blanca, Argentina.

NOTAS

1. Entrevista a Sigmund Freud hecha por George Sylvester Viereck, â€œEl valor de la vidaâ€•, Revista de psicoanÃ¡lisis 67, Buenos Aires, 2010
2. Miller, J.-A., â€œContraindicaciones al tratamiento psicoanalÃticoâ€•, en Revista El Caldero de la Escuela 69, Buenos Aires,
3. Miller, J.-A., *Sutilezas analÃticas*, curso de Jacques-Alain Miller, Buenos Aires, PaidÃ³s, p.111
4. Miller, J.-A., Sutilezas analÃticas, op.cit
5. Lacan, *El Seminario, Libro 1, Escritos tÃ©cnicos de Freud,* Buenos Aires, PaidÃ³s,
6. Dupont, L., â€œLa verdad se pinta los labiosâ€•, en *Revista La Ciudad analÃtica 5*, publicaciÃ³n del ICdeBA, â€œVerdadâ€•, Buenos Aires, 2023

Obra de Julieta Cantarelli